

FÉLIX GILS, C. S. Sp.: *Jésus prophète d'après les Evangiles synoptiques* (Orientalia et Biblica Lovaniensia II). Louvain, Publications Universitaires, 1957, 166 x 250 mm., XI + 196 págs.

El problema de si Cristo fué considerado en su tiempo como un profeta ha sido planteada y resuelta de muy diversas maneras. Gils estima que la cuestión merece ser replanteada sin prejuicios y se la plantea en esta tesis que presenta para obtener el título de doctor en filología bíblica por la Universidad de Lovaina.

En un primer capítulo (págs. 9-47) el autor examina los diversos testimonios que aparecen en los tres primeros Evangelios sobre la personalidad de Cristo como profeta. Nunca los evangelistas lo designan con este nombre. Repetidas veces reflejan la opinión del vulgo —especialmente del pueblo de Galilea— que lo tenían por tal, y que en ocasión de la resurrección del hijo de la viuda en Naim lo aclamó públicamente como profeta. Jesús mismo se designó a sí mismo con este título (Lc. 13, 33). La historicidad de estos testimonios —contra la desconfianza de M. Goguel— es para Gils tanto más cierta cuanto que no se ve el interés de la primitiva comunidad o de los evangelistas en atribuir a Jesús un título que rápidamente y con razón quedó eclipsado por la superior personalidad del Mesías, Hijo de Dios.

Los capítulos 2.º y 3.º, donde Gils estudia respectivamente las visiones proféticas (págs. 49-88) y las predicciones de Jesús (págs. 89-153), demuestran el parentesco de estos fenómenos en Cristo con los fenómenos semejantes de los antiguos profetas. Realmente poco añaden estos capítulos a las pruebas aducidas en el primero a favor del concepto, que sobre la personalidad profética de Jesús reflejan los evangelios sinópticos. El autor en ellos nos da la sensación de haber querido agotar el tema en todos los aspectos que de cerca o de lejos pudieran rozarse con él. El lector encontrará sugerencias muy aprovechables en gran número de cuestiones, que nada o poco tienen que ver con el problema central del libro. Pero a veces estimará que no son del todo convincentes algunos de los muchos argumentos con los que Gils pretende probar su tesis.

Para nosotros es evidente que los contemporáneos de Cristo, en general, lo tuvieron por un profeta, verdadero o falso. Pero sus creyentes, desde muy pronto, tuvieron tal seguridad de su condición de Hijo de Dios que apenas se preocuparon por lo que pudiera haber sido su actuación al estilo de los profetas clásicos. En este sentido consideramos demasiado sutiles las observaciones de Gils, cuando pretende descubrir en las descripciones de los sinópticos una intención refleja de presentar a Jesús con los clichés usuales en las narraciones que refieren la vida y actividad de los profetas clásicos. Creemos que esas semejanzas literarias no sobrepasan el marco del procedimiento imitativo o antológico. En todo caso, difícilmente admitiríamos que la comparación implícita hecha por el primer Evangelio entre Jesús y Moisés se base en el paralelismo de su misión profética precisamente. El procedimiento imitativo, empleado tan frecuentemente por los autores del Nuevo Testamento, puede servirnos a veces para descubrir el pensamiento teológico de los hagiógrafos neotestamentarios; pero a condición de que lo examinemos con la mayor objetividad posible y atendiendo, sobre todo, a las grandes líneas que motivan la alusión.